

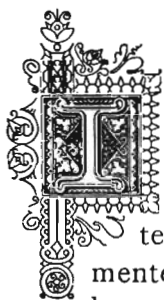


III.

ATAQUES Á LA CORUÑA Y Á LISBOA.

1589.

Dispersa la grande Armada, toman los ingleses la ofensiva.—Preparan expedición con auxilio de holandeses.—Intentan restaurar á D. Antonio de Crato en Portugal mediante tratado oneroso.—Atacan á la Coruña.—Son rechazados.—Acometen á Lisboa.—Reciben segunda derrota.—Vuelven á Inglaterra con enorme pérdida.—Hácenles cargos.—Peste y descontento.—Tres expediciones al Magallanes fracasan.—Muere Cavendish.—Crucero de Cumberland en las Azores.—Ensayo comercial en el Mediterráneo.—Turcos y argelinos.—Presa hecha á éstos en los Alfaques.



UNMENSO júbilo embargaba á los protestantes de Inglaterra desde la hora en que tuvieron certeza de haberse alejado de sus mares la flota que tan temerosos los había tenido. Podían respirar libremente; el peligro de invasión había pasado; gozaban la satisfacción de haber visto huir, por vez primera, naves españolas, y con dificultad resistían á la tentación de creerse autores de tamaña ventura. La reina Isabel, más que todos ellos ensoberbecida, pero también más cauta y previosa, desechando las pretensiones de los rebeldes de Flandes instándola á utilizar las fuerzas que tenía reunidas y el efecto moral de las circunstancias para poner sitio y tomar la plaza de Dunquerque, pensó en evitar segunda acometida de las escuadras de España buscando á D. Felipe ocupación en sus Estados y alejando del propio país el teatro de la guerra, para lo cual servíale á maravilla D. Antonio, el prior de Crato,



pretendiente incansable, lleno de ilusiones, empezando por la de que bastaría ligero apoyo para que los portugueses á una voz se alzaran proclamándole.

Como no duelen prendas en el ofrecimiento de lo que no se tiene, se mostraba dispuesto á pagar á la Reina 5 millones de oro por gastos de la expedición que se dedicara á su servicio, dos meses después de hallarse asegurado en el solio; 3.000 ducados anuales á perpetuidad; tres pagas de gracia á las tropas, amén del saco de las poblaciones, sin exceptuar á la capital. Independientemente suscribiría tratados de alianza y comercio en Portugal y sus Indias; autorización para hacer armadas en Lisboa contra el Rey Católico, quedando en los fuertes de la ciudad y puerto guarnición inglesa á perpetuidad. Creábales, pues, en la península ibérica colonia, y á esto llamaba, y han llamado en otras épocas, independencia de su patria.

Al Gobierno inglés acomodaban las condiciones, aunque no se consiguiera por entero con la empresa la desmembración del territorio occidental, mal soldado todavía á la Corona de Castilla; lo esencial en aquel entonces era la diversión á que había de contribuir el rey de Fez con ataque por la costa de Andalucía.

Dispuesto lo necesario con actividad que contrastaba con la parsimonia de los armamentos castellanos, salió la expedición de Inglaterra, el 13 de Abril de 1589, con unas 150 velas y efectivo de 23.375 hombres, el mando de la escuadra confiado al almirante Drake y el del ejército al coronel John Norreys ó Norris. En la instrucción real se les encargaba destruir las naves que hallaran en los puertos y apoderarse de alguna de las islas Azores para interceptar los tesoros de las Indias que pasaban por ellas. En segundo término prestarían asistencia al de Crato para recobrar el reino de Portugal si la opinión pública le era favorable. Al efecto iban en la escuadra armas y monturas con que poner en pie de guerra á sus partidarios ¹.

¹ *Calendar of State papers.*



Don Antonio, poseído de su papel, escribió cartas á los soberanos, ofreciendo al de Francia concurso para sacarle de apuros, como si estuviera realmente en el caso de brindar protección ¹.

Dirigiéronse las naves á la Coruña en la creencia errónea de reunirse allí 200 naves con víveres, municiones, cables y pertrechos en preparación de segunda jornada á Inglaterra, y de guardarse en la plaza, mal prevenida, 5 millones en oro. Se había ordenado, con efecto, reconcentrar en aquel puerto vitualla, y había ya reunida cantidad de bizcocho con otros artículos; en todo lo demás no tenían visos de verdad los informes que los ingleses traían. La ciudad, defendida por antiguos muros, sin terraplén, reunió cinco compañías, que con los caballeros particulares y milicia de los pueblos vecinos llegarían á 1.500 hombres. En el puerto hacía papel el castillejo de San Antón; se hallaban al ancla el galeón *San José*, de Bertendona, la nao *San Bartolomé* y las dos galeras de Pantoja. Carenando y sin artillería, el galeón *San Bernardo*.

Entraron las naves inglesas en el puerto el 4 de Mayo, después de mediodía, cañoneándolas el castillo y los buques, y en el acto empezaron á desembarcar gente con 14 lanchones que al propósito llevaban prevenidos, poniéndola en escuadrones sobre los caminos de Betanzos y de Santiago, y las alturas contiguas, no sin escaramuzas.

El día 5 desembarcaron tres piezas gruesas de artillería á fin de batir á los galeones, que les hacían daño. Fué preciso entonces incendiar al *San Juan* y dar barreno al otro; las galeras se retiraron por la ría de Betanzos dejando en la ciudad los soldados que tenían. Durante la noche abrieron los ingleses trincheras, y acercaron las naves al fuerte de San Antonio, recibiendo de sus cañones averías bastantes para desistir del ataque por entonces y en todo el tiempo de su permanencia. En el barrio bajo de la Pescadería, extramuros, estuvieron más afortunados, ganándolo con muerte de unos 70 de los defensores y toma de la artillería del galeón *San*

¹ París. Archivo Nacional, K, 1569. B, 62, pieza 45.



Bernardo, tendida en el muelle por estar, como antes se ha dicho, tumbado, carenando.

Ganaron el día 6 el monasterio de Santo Domingo, también fuera de murallas; establecieron baterías á cubierto, y antes de romper el fuego enviaron parlamento al Marqués de Cerralbo, gobernador, diciendo «que los Generales pedían la ciudad para la reina de Inglaterra, y que entregándosela usarían de clemencia, *no mirando á la afrenta que el año pasado le había querido hacer nuestra armada; que no lo haciendo se usaría el rigor de la guerra, y que, aunque estuviese dentro todo el poder de España, la habían de tomar dentro de dos días.*» Contestóseles que hicieran lo que tuviesen por conveniente, respondiendo á la batería con las de la plaza y rechazando el primer asalto, dado por la punta llamada del Mercado.

El 12 volaron una mina, abriendo brecha considerable, y otra el 14, lanzándose de nuevo al asalto, repetido el 15 y el 16. Defendiéronlos con los soldados las mujeres del pueblo, señalándose Mayor Fernández de la Cámara y Pita. Por último, el 18 se reembarcaron, dejando dos de sus naves perdidas, y salieron el día siguiente del puerto.

Existe un diario con pormenores del sitio y varias relaciones que difieren poco ¹; sin embargo, ni con ellas, ni menos con las de los enemigos, se forma juicio cabal del ataque, á que ni unos ni otros concedieron gran importancia. Entre los historiadores ingleses no hay dos que estén conformes en el plan, disposiciones, composición de las fuerzas de mar y tierra que salieron de Plymouth, y ni uno sólo que suministre datos de los que regresaron ni de las pérdidas sufridas en hombres y bajeles. Es penosa al orgullo nacional la confesión de las derrotas, y aun la simple indicación de error ó desacierto en los caudillos populares.

Mientras algunos de estos historiadores ² titulan *Gran ex-*

¹ Las he citado en el *Bosquejo encomiástico del Conde de Fuentes, Memorias de la Academia de la Historia*, t. x.

² Monson, Camdem, Stow, Speed, Harris, Hackluyt, Lediard, Echard, Colonna-rostrata.



pedición á la que había de invadir los estados de D. Felipe, pretenden otros rebajarla hasta el extremo de asegurar que nada tenían que ver con ella la Reina ni el Gobierno de Inglaterra, afirmando era empresa particular tolerada y dirigida al fin de embolsar escudos españoles. En la especificación de naves y soldados hay discrepancia mayor: quién limita las fuerzas á 4.000 soldados y otros tantos marineros; quién refiere que los estados de Holanda contribuyeron con bajeles y hombres, al paso que se ven afirmaciones de haberse hecho perdedizos los primeros sin pasar de Cabo Ushant; quién asegura, en fin, que á la flota salida de Inglaterra se fueron agregando el Conde Essex, Roger Williams, Felipe Butler y Eduardo Wingfield ¹.

Lediard, que como más moderno procuró concertar las noticias añejas, hace desembarcar en la Coruña 1.200 hombres, con la buena suerte de ocupar de seguida la parte baja

¹ Mr. Martin A. S. Hume ha publicado en Londres, en Septiembre de 1896, es decir, después de escrito el presente capítulo, un libro titulado *The year after the armada, and other historical studies*, habiendo examinado la correspondencia del Embajador de Venecia en Madrid y dos relaciones contemporáneas que yo no he visto; una castellana que posee D. Pascual de Gayangos, *Relación de lo subcedido del Armada enemiga del reyno de Inglaterra á este de Portugal, con la retirada á su tierra, este año de 1589*; otra portuguesa, existente en la Biblioteca Nacional de Lisboa, *Memoria do successo da vinda dos Ingressos a o reino de Portugal*. Registrados también los documentos ingleses y las historias de aquellos días, halla Mr. Hume que la expedición fué inspirada y propuesta á la reina Isabel por Sir John Norris, habiendo de formarse compañía que suscribiera capital de 40.000 libras esterlinas, por lo menos, con objeto de merodear en los dominios de España. En un principio resistió la Soberana á la instigación de abrir su bolsillo, mas al fin contribuyó con 20.000 libras y siete naves de las mejores de la Armada real. El Prior de Crato empleó el resto de sus recursos; poco á poco habían ido pasando de sus manos á las de los usureros, ó á las de personas de las cortes de Inglaterra y Francia, las joyas de la Corona de Portugal, que sustrajo al salir del reino; pero le quedaba todavía un diamante, el octavo en tamaño de los mayores del mundo, que actualmente adorna á la Corona Imperial de Rusia, y lo empeñó para levantar fondos. El resto necesario lo facilitaron mercaderes ó particulares persuadidos de que la empresa proporcionaría ganancias enormes.

Juntáronse con las siete naves dichas de la Reina otras veinte de guerra, las mayores de á 300 toneladas, y transportes menores hasta la suma de 200 velas. Embarcaron en ellas 16.000 soldados, 2.500 marineros y 1.200 nobles de aventura; pero en el Canal se desaparecieron sobre 20 embarcaciones con 3.000 hombres. El Conde de Essex, Williams y compañeros, salieron de Inglaterra posteriormente, con gran indignación de la Reina virgen, que se lo había prohibido.



de la ciudad, cogiendo prisionero al gobernador *D. Juan de Luna (sic)*, de incendiar gran cantidad de provisiones, degollando de paso 500 soldados. Mientras se atacaba la población alta tuvieron (dice) nueva de aproximarse *el Conde de Andrada* con ejército de 8.000 hombres apostados en puente del Burgo, debiendo reunirse con mayores fuerzas, capitaneadas por el Conde de Altamira, y á impedirlo salieron nueve regimientos, quedando otros cinco con Drake en guarda de la artillería de sitio.

Aquí se distrae un tanto el escritor, ó eran muy pequeños los tales regimientos, puesto que compone catorce con los 1.200 hombres desembarcados; pero suplían, por lo visto, el número con la habilidad, toda vez que deshicieron en el acto al ejército español, matando en la persecución 3.200 hombres, sin dar cuartel á los cuitados que se escondían en las viñas. Tomaron (sigue diciendo) de contado el estandarte real y el campamento, con muchas municiones, dinero y viatalla; incendiaron los pueblos, talando los campos dos leguas á la redonda, todo ello sin más pérdida que el capitán Eduardo Norris y *un soldado*. Más singular, verdaderamente asombroso, es que, dando vuelta á la Coruña la tropa victoriosa, con mucho ganado recogido al paso, juzgara oportuno el reembarque sin proseguir el sitio, y se hiciera «sin haber perdido un solo hombre». Murieron, sí, muchos soldados, mas fué de enfermedad, por abuso del vino de que estaban colmadas las bodegas. Historia convencional.

Continuando Drake la jornada llegó á Peniche, cuya guarnición abandonó la plaza; desembarcó, pues, sin dificultad 12.000 hombres y algunos caballos; y mientras Norris avanzaba á Torres Vedras, donde fué proclamado D. Antonio, se situó el Almirante en Cascaes sin determinarse á forzar la entrada del Tajo, defendida por D. Alonso de Bazán con 18 galeras. El primero caminó hasta los arrabales de Lisboa, retirándose ante él en escaramuza algunas compañías castellanas; Drake no juzgó necesario moverse, máxime habiéndosele rendido con engaño el castillo. Aquél tuvo en el primer ataque 300 muertos, pareciéndole desde entonces que la



entrada no era tan fácil como decía el Pretendiente. Hostigábale de continuo el Conde de Fuentes con la caballería; cañoneábale de flanco desde el río D. Alonso de Bazán, y cada día llegaban refuerzos por un lado ú otro á los españoles, habiéndolos introducido por el Tajo el adelantado mayor de Castilla, D. Martín de Padilla, con nueve galeras.

Á todo esto, si bien el clero regular y, por coincidencia notable, los hebreos en masa acudieron á recibir á D. Antonio, proveyeron de víveres al ejército inglés y cuidaron de sus comunicaciones prestando el servicio de espionaje, el país permanecía tranquilo, sin que las proclamas del Pretendiente hicieran efecto, y el Moro se estaba en su tierra; considerado lo cual, á pesar de los ruegos y protestas del de Crato, decidió Norris al tercer día volver á sus naves y marchar hacia Cascaes, abandonando los caballos y objetos de mayor embarazo, seguido por las tropas del Conde de Fuentes, que no le hostigó demasiado, ni llegó á ponerse bajo los fuegos de la escuadra, contentándose con verles tomar el *punte de plata*, como suele decirse, persuadido de no ser prudente arriesgar batalla, teniendo á sus órdenes solas cuatro compañías de españoles, entre 4.000 portugueses, mientras no vino á juntársele D. Francisco de Toledo con refuerzo. Anduvo, pues, conteniendo el ardor de las compañías de jinetes y de arcabuceros á caballo que picaban la retaguardia, y aun así fué tan aprieta y desordenado el rembarco, contribuyendo los clérigos y frailes comprometidos, con el afán de tomar los esquifes, que se dejaron olvidada una parte del equipaje de D. Antonio, y, lo que fué peor para ellos, las cartas y listas de personas que le favorecían.

La escuadra dió en seguida la vela, volviendo á Inglaterra con gran número de enfermos y de descontentos, prontos á propalar sus impresiones. Vanamente quisieron Drake y Norris prevenir la opinión con cartas satisfactorias; la Reina les significó desagrado por la falta de cumplimiento de sus instrucciones; por haber aventurado las fuerzas ante plaza sin importancia como la Coruña, sin destruir naves, sin hacer



nada en las Terceras; sin favorecer de veras la causa del Prior de Crato ¹.

Tuvieron ellos buenos abogados, diligentes en esparcir noticias de descargo, como, por ejemplo, la de que, si antes de volver hubieran saqueado los arrabales de Lisboa, se llevaran botín considerable, por estar los almacenes de los muelles llenos de mercancías; pero que D. Antonio miró por los intereses de sus vasallos (que así los llamaba) y privó á los británicos de la mayor ventaja de la expedición. Aseguraban haber destruído mucha vitualla preparada para otra expedición y obligado á los castellanos á quemar por su mano mayor cantidad. Que tomaron en Cascaes 15 naves con provisiones; apresaron después otras 60 de las ciudades anseáticas, que transportaban trigo «contra la prohibición de la Reina», y escarmentaron á 20 galeras que se atrevían á atacar la retaguardia. Por último, que habían quemado *la ciudad* de Vigo, talando su territorio y llevándose 150 cañones.

Todas estas especies copiaron los historiadores, insertando las relaciones de Drake y Norris ²; sin embargo, aunque no confesara ninguno que perdieron por enfermedades y combates al pie de 10.000 hombres, ó sea la mitad de la gente; dos navíos en la Coruña, cuatro que echó á fondo el Adelantado de Castilla, tres que incendió D. Alonso de Bazán en la persecución de la retaguardia, algunos más que tuvieron incidencias fortuitas, no faltó escritor, como Echard, sincero en expresar que si la expedición mortificó nuestro orgullo é hizo temibles á los ingleses, costóles muy cerca de 6.000 soldados ó marineros muertos, «no tanto por las manos de los enemigos, como por las enfermedades causadas por el clima, el vino y las frutas que comían»; concepto repetido por el holandés Larrey, historiador poco escrupuloso, como se sabe, y mucho más apasionado que los ingleses tratándose de España ó del Catolicismo, que para él venían á ser una misma cosa.

William Monson, menos condescendiente, estimó que si

¹ *Calendar of State papers.*

² Hakluyt, t. II, pág. 134.—Lodge, t. II, pág. 389.



La armada en la rada de Calés.





las pérdidas sufridas por España en la jornada del año anterior, daban á entender á la Reina y al país que habían de hallarla indefensa, y que sería sencillo sentar el pie en la Península, haciéndose dueños de su comercio y del de las Indias, que éste era el objetivo de la expedición, poco diestros anduvieron los jefes en no ir derechos á Lisboa, en vez de exponerse al fracaso de la Coruña. Otras muchas faltas cometieron, á su juicio; y si omite la de no haberse atrevido Drake á forzar la boca del Tajo, que es á lo que otros atribuyen principalmente el mal suceso, no pretende excusarle por la falta de palabra que empeñó de hacerlo.

Los escritos españoles del tiempo no se recomiendan tampoco, en general, por la reflexión ó la templaza de apreciaciones, fijándose más en los incidentes que en el fondo de lo que la invasión significaba ¹.

¹ En el referido *Elogio del Conde de Fuentes* he recopilado las noticias, haciendo distinción de narraciones serias, cual las de Herrera, Cabrera de Córdoba y Bavia, y de las más movidas, que es útil, sin embargo, conocer. El portugués Faria y Sousa, cuya inclinación al Prior de Crato nunca ocultó, decía que por no haber entrado Drake por el Tajo «Norris y D. Antonio le llamaron abiertamente cobarde, y á la verdad (añadía), él en todas las acciones antecedentes por nuestras marinas, pudo conseguir nombre de valeroso, pues en las que salió pujante no fué resistido; en la Coruña, donde lo fué, salió avergonzado.... De las enfermedades contraídas por la falta de lo necesario para sustentarse fueron (los ingleses) arrojando muchos cadáveres al mar y perdiendo navíos; y convertido el mal en pestilencia, la sembraron en Plemua, de donde se transmitió por toda Inglaterra con grave daño, en que se mantuvo largos días. Éstas fueron las ganancias llevadas de Portugal á aquel reino, que tan grande las esperaba, con que apareció agora más pena en aquella isla por haber enviado una armada á España, que en España antes por la que había enviado allí.» (*Europa portuguesa*, t. III, part. 1.^a, cap. IV, pág. 96.)

La peste y luto de Inglaterra mencionan de un modo parecido Juan de Arquejada (*Sumario de proezas y casos de guerra*), y Fr. Juan de Victoria (*Sucesos del reinado de Felipe II*) aumentando éste en su manuscrito los datos con el desembarco en Vigo, á la sazón pueblo de 150 vecinos, que despechado entregó Drake á las llamas, dando ocasión á que dijeran «iba hecho milano y no osaba acometer sino á lagartijas». Agrega que allí acudió D. Luis Sarmiento, señor de Salvatierra, mató al invasor 500 hombres y le hizo 200 prisioneros, y varios más las zabras que siguieron la retaguardia hasta la costa misma de Inglaterra, utilizando la desmoralización en que iba la escuadra.

En lo último no hay exageración: D. Bernardino de Mendoza dió cuenta al Rey de haberse amotinado en Londres la soldadesca, reclamando las pagas en tan mala forma que fué necesario hacer escarmiento ahorcando á cuatro de los alborotadores, y relativamente á enfermedades hacen fe las cartas de Tho. Fenner (*Calendar of State papers*, 14 Julio), expresando que casi toda la gente de la armada iba do-



No sin alguna razon se estimó en España, y fuera de ella, desquite del mal suceo en Inglaterra, y victoria doble la conseguida en Galicia y en Portugal ¹; nada lo prueba mejor

liente. En su navío, de 300 hombres de tripulación, sólo tres se libraron del contagio, y murieron 114; casi la mitad. Aun entre los historiadores ingleses, John Lingard no se muestra entusiasta ni panegirista. Drake y Norris, dice, eran diestros en el arte de componer despachos oficiales, mas como correctivo existen las cartas de lord Talbot á su padre, contando que al caer la muralla de la Coruña perecieron por torpeza 300 ingleses. «Hemos perdido más gente que ellos, escribía, sin otra ventaja que la de acostumar á los nuestros á las armas.» En Lisboa, sigue refiriendo, la persecución del Adelantado de Castilla hizo mucho daño á la armada, aunque eran muy escasas sus galeras. Fenner juzgó *acción miserable* á la resistencia que se las opuso. Don José de Santiago y Gómez, en la *Historia de Vigo y su comarca*, impresa en Madrid en 1896, da por averiguado que el 29 de Junio de 1589 entró Drake en el puerto con *doscientas trece velas*: desembarcó de 7 á 8.000 hombres, entró á saco en la villa, que contaba por entonces unas 600 casas; las incendió, así como también las de la villa de Bouzas y el convento de la isla de San Simón, costándole estos hechos pérdida de 700 hombres.

Mr. Hume, en *The year after the Armada*, libro anteriormente citado y el último que trata de la jornada, hace buena pintura del tristísimo papel desempeñado por el pretendiente D. Antonio, considerado entre los expedicionarios como mero instrumento, aunque hubiera extendido las ofertas y compromisos al reconocimiento de vasallaje á Inglaterra en caso de salir airoso. La situación de las autoridades españolas, dice, llegó á suma gravedad por la escasez de los soldados con que contaban y la actitud de los portugueses, que en gran masa miraban á los ingleses como libertadores. Disculpa el proceder de Drake con la disidencia de Norris: el primero quiso embocar el Tajo con toda la armada, cual iba; el Coronel prefirió el desembarco en Peniche; y como quedaran los navios sin soldados, y aun sin gente bastante al servicio de la artillería, no creyó prudente el Almirante arriesgarse en estas condiciones.

Al salir de Cascaes de regreso, iban arrojando al agua por cientos los muertos de epidemia. Las galeras españolas atacaron la retaguardia; apresaron ó echaron á fondo tres naves y otra incendió su Comandante, viéndose reducido al extremo. Sin embargo, Drake entró en Vigo, incendió la población que estaba abandonada y sin defensa, taló los campos, hizo el mayor daño que pudo.

Á Inglaterra no volvieron más de 5.000 hombres de los que habian salido, y fueron licenciados, dándoles á razón de cinco chelines por persona, que no era poco, á juicio de los armadores, porque habian estado mantenidos todo el tiempo.

¹ He visto, como muestras de publicaciones de neutrales, estas dos:

Brief discours de tout ce qui c'est passé en l'armée d'Angleterre aux costez d'Espagne & Portugal depuis le quatriesme de May iusques a la desroute de la dicte Armée. Traduit d'italien en françois sur la copie imprimée à Millan. A Lyon. Par Jehan Parrasson, 1589, 8.º, 7 fojas.

Avis de la victoire du Roy Catholique contre l'Anglois en Espagne. Contenant la deffiate de quinze mil hommes & quarante Navires des plus grandes. Suyuant les Memoires qu'en a receu l'Illustrissime Ambassadeur d'Espagne Don Bernardin Mendoza. A Paris. Chez Robert le Fizelier. Avec permission, 8.º, 7 fojas.

En la esencia difieren poco estas relaciones. Extremen los actos de impiedad



que las cartas de los católicos de las islas Británicas, especialmente la del Primado de Irlanda, suplicando, en nombre de la fe católica, al rey de España, que después de Dios era la única esperanza, enviara un socorro de 12 ó 14.000 hombres á la nobleza y al pueblo, que combatían ya contra los opresores ¹; nada mejor que los temores de Isabel y la premura con que envió las fuerzas todas de que podía disponer, antes de que el fuego de la insurrección tomara incremento; mas si reflexivamente se comparan las dos acometidas, hay en favor de la inglesa resultados, moral y material, no conseguidos por el poderoso monarca católico; hollar el territorio enemigo, amenguar la reputación de su fortaleza, mostrarlo vulnerable, y esto con el vigor y la rapidez de quien tiene aprendidas las ventajas de la guerra ofensiva y allega elementos con que hacerla.

Con éstos procuraron diversiones al punto principal de sus planes, organizándolas, sobre todo, en las Indias, donde buscaban los recursos, restándolos al adversario. Un navío, encomendado al capitán Andrés Merik, salió de Portsmouth con idea de repetir en el mar del Sur las correrías de Drake y Cavendish, sólo que no lució para él tan limpia estrella; en el estrecho de Magallanes desaparejaron las borrascas al bajel y tuvo que retroceder á Inglaterra destrozado. Juan Chidley, que siguió la misma senda con escuadra, no logró que entrara en el peligroso pasaje más que una de las naves, y tras muchos contratiempos, dando vuelta también hacia Europa, naufragó en la costa de Normandía. El mismo Ca-

cometidos por los luteranos contra los objetos del culto católico en todas partes donde estuvieron, subiendo las pérdidas de los ingleses á 15.000 hombres y 40 navíos, por combates, temporales y hambre. El Adelantado de Castilla, picando la retaguardia de la escuadra, desfondó á los buques rezagados con 700 hombres, sin tener por su parte más que dos muertos y 10 heridos. Algo de esto se comprueba por los partes de D. Martín de Padilla (*Colección Sans de Barutell*) y de la acción terrestre por la información que hizo el capitán de caballos D. Sancho Bravo de Acuña, de haber cargado á los ingleses en Cascaes y tomado dos banderas que depositó en la capilla de su propiedad en la catedral de Sigüenza.

¹ Archivo de Simancas. Estado, Flandes. Leg. 596, fol. 106.—La carta, escrita en latín con fecha 27 de Diciembre, firma Milerus O'Huigin, Tuanensis, in Hibernia Archiepiscopus.



vendish les siguió con seis navíos sin tomar por agüero la pérdida de uno de los pataches al salir, ahogándose 42 hombres, principio de la serie de desdichas que diferenció este viaje del anterior. Tardó más de cuarenta días en llegar á la Línea; enfermó casi toda la gente, teniendo que detenerse en el Brasil porque convaleciera del cuerpo, sin sospecha de agravamiento en dolencias latentes del espíritu. Habiendo entrado en el estrecho y surgido en el puerto del Hambre, la padecieron todos, amén de los fríos y trabajos con que acabó de manifestarse el descontento, no sólo de los marineros, sino también de los capitanes, que se trataban entre sí, al decir de cronista suyo, *como judíos y turcos*. Esto no era más que preludio de la insubordinación y del motín abierto con que al fin obligaron al jefe á volver al Brasil. En esta travesía se perdieron dos barcos, y al llegar á San Vicente se desertó el que quedaba, dejando á Cavendish los heridos y enfermos y llevándose los cirujanos. Después de muchas aventuras, nuevos motines por insistencia en volver al estrecho contra la voluntad de la mayoría de la gente, escaramuzas con los portugueses, que mataron ó hicieron prisionera á la que desembarcó en la isla de San Sebastián á procurarse viveres. Todavía sin ellos, sin agua, sin los brazos necesarios á la maniobra, repugnaba tanto que le vieran llegar á Inglaterra en aquel estado, como á sus marineros continuar la jornada, cuyo fin se ignora. El recuerdo de la nao *Santa Ana*, de la sedería con que la otra vez forró las velas, y de los lingotes de oro estivados por lastre, amargarían el desdichado fin del aventurero entre las ondas ¹.

Entre tantos desastres acarició el año 1589 á Jorge Clifford, conde de Cumberland, hasta entonces desgraciado en las empresas marítimas, con crucero fructuoso en las Azores, adonde fué con 13 naves, la capitana de 900 toneladas y 450

¹ Vargas Ponce: *Relación del último viaje al estrecho de Magallanes*.— *The last and disastrous Voyage of that famous navigator Mr. Tho-Candish*.— *Navigantium at Itinerantium Bibliotheca*, t. 1, lib. v, cap. III. — Los tres últimos cantos del poema de Barco Centenera, *La Argentina*, están dedicados á la infeliz expedición de Cavendish.



hombres. Llegando el 6 de Septiembre á la isla de Fayal, apresó siete navios surtos en el puerto, uno de ellos de la India, con riqueza. Volvió el día 14 contra la población, que saqueó, y se mantuvo por allí hasta principios de Octubre, haciendo otras adquisiciones de naves del Brasil y una de Nueva España, aunque le mataron 80 hombres ¹.

Señal de vitalidad y desarrollo de las industrias navales dieron además los ingleses, ensayando este año expediciones mercantiles al Mediterráneo con objeto de abrir camino al tráfico directo. Enviaron un grupo de 10 navios armados, con prevención de pasar el estrecho de Gibraltar á la ida y vuelta con tiempos hechos, en que las galeras de España no pudieran aguantar la mar, y les salió muy bien la experiencia, hallando acogida en Génova y Venecia ². Verdad es que tuvieron en favor el entretenimiento de las dichas galeras, dispuestas á resistir á la armada turca que había hecho movimiento hacia Trípoli, gobernada por Asán Bajá, y á defender la costa de las continuas algaradas de argelinos, castigados en el mes de Abril con la presa de nueve fragatas y 246 moros y turcos, que se les hizo en los Alfaques ³.

¹ Carta do capitão Gaspar Gonçalvez Dutra a Lopo Gil Fagundes, em Lisboa sobre o que aconteceu na Ilha do Fayal. *Arquivo dos Açores*, t. II, pág. 304.—Barrows: *Memoirs of the naval worthies*.—*Cumberland*.—Correspondencia de D. Bernardino de Mendoza. París. Archivo Nacional.

² Reales cédulas. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, núm. 563.

³ Ídem id., art. 6.º, núm. 114.

